

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## La Niña Cerdita

—¡No quiero que me laven! ¡No quiero que me laven! — gritaba la pequeña Betty, dando patadas y bofetadas a su madre.

—Será mejor que te vayas a vivir con los cerditos, niña sucia —decía su madre, frotándose dos manos muy sucias.

—¡Ojalá pudiera! Me encanta estar sucia, ¡estaré sucia!

—rugió Betty, tirando la esponja por la ventana y el jabón debajo de la mesa.

Su madre estaba cansada, así que la metió en la cama medio seca, diciéndole que se durmiera enseguida.

—¡No lo haré! Me iré a vivir con los cerdos de la Sra. Gleason, y no tendré otra cosa que hacer que comer y dormir, y revolcarme en la tierra, y nunca, nunca más lavarme —se dijo Betty.

Se quedó un rato pensando en ello y parpadeando a la luna; luego se levantó muy despacio y bajó sigilosamente las escaleras de atrás, atravesando el jardín, hasta la pocilga donde dos simpáticos cerditos dormían profundamente entre la paja de su casita. Sólo gruñeron cuando Betty se arrastró hasta un rincón, riéndose de lo divertido que sería hacer de cerdita y vivir aquí sin mamá que la lavara y le dijera continuamente: “Ponte un delantal limpio, querida”.

A la mañana siguiente se despertó al oír a la señora Gleason verter leche en el abrevadero. Se quedó muy quieta hasta que la mujer se fue; entonces salió sigilosamente y bebió todo lo que quiso, y tomó los mejores trozos de patata fría y pan para desayunar, y los perezosos cerdos no se levantaron hasta que ella hubo terminado. Mientras ellos comían y hurgaban en la tierra, Betty dormía todo el tiempo que quería, sin escuela, ni recados, ni remiendos que hacer. Le gustaba, y se quedaba escondida hasta la noche; entonces volvía a casa, abría la ventanita del armario de la tienda, entraba y se llevaba todas las cosas buenas que quería para comer. Dio un buen paseo en camisón, vio las flores dormidas, oyó piar a los pajaritos en el nido y observó a las luciérnagas y a las polillas en su bonito juego. Nadie la vio, excepto los gatos, que jugaron con ella a la luz de la luna y se divirtieron mucho.

Cuando se cansaba, se iba a dormir con los cerdos, y dormitaba todo el día siguiente; sólo salía para comer y beber cuando traían la leche y los bocados fríos; porque la señora Gleason cuidaba muy bien de sus cerdos, y les daba paja limpia a menudo, y los mantenía lo mejor que podía.

Betty vivió mucho tiempo de este modo tan extraño, y pronto se pareció más a un cerdo que a una niña; porque se le ensuciaba el camisón, nunca se peinaba, nunca se lavaba la cara, y le encantaba escarbar en el barro hasta que sus manos parecían patas. Nunca hablaba, pero empezó a gruñir como los cerdos, y se metía en la paja para dormir, chillaba cuando la

hacían, se peleaba por la comida, comiendo con el hocico en el comedero como un verdadero cerdo. Al principio jugaba por las noches y robaba cosas para comer, y la gente ponía trampas para atrapar al ladrón en sus jardines, y la cocinera de su propia casa renegaba por las ratas que se llevaban el pastel y las tartas de su despensa. Pero ella se volvió demasiado perezosa y gorda para preocuparse de otra cosa que no fuera dormir y comer, y nunca salió de la pocilga. Se ponía de rodillas y empezaba a preguntarse si no le crecería una colita y su nariz se convertiría en un hocico.

Durante todo el verano jugó a ser una cerdita, y le pareció muy divertido; pero cuando llegó el otoño, hacía frío, y añoraba su bonito y cálido camisón de franela, y se cansó de las frías viandas y empezó a desear tener un fuego junto al que sentarse y buenos pasteles de trigo sarraceno para comer. Le daba

vergüenza volver a casa y se preguntaba qué haría después de aquella tontería. Preguntó a los cerdos cómo se las arreglaban en invierno; pero sólo gruñían, y ella no recordaba qué había sido de ellos, pues la pocilga estaba siempre vacía cuando hacía frío.



Una noche terrible lo descubrió. La habían metido entre los gordos cerdos para que se calentara, pero tenía frío en los dedos de los pies e intentaba tapárselos con la paja cuando oyó que el señor Gleason le decía a su niño. —Mañana tenemos que matar a esos cerdos. Ya están bastante gordos; así que ven y ayúdame a afilar el gran cuchillo.

“Oh, cielos, ¿qué será de mí?”, pensó Betty mientras oía la piedra dar vueltas y vueltas a medida que el cuchillo se afilaba más y más. “Me parezco tanto a un cerdo que me matarán a mí también y me convertirán en salchichas si no huyo. Estoy cansada de jugar a la cerdita, y prefiero que me laven cien veces al día a que me metan en un barril de cerdo.

Así que se quedó temblando hasta la mañana siguiente; entonces corrió por el jardín y encontró la puerta trasera abierta. Era muy temprano y nadie la vio, pues la cocinera estaba en el cobertizo recogiendo leña para hacer el fuego; así que Betty subió al cuarto de los niños e iba a meterse en la cama, cuando vio en el cristal una horrible criatura negra, llena de harapos y suciedad, con el pelo revuelto y una naricita redonda cubierta de barro.

—¿Seré yo? ¡Qué horrible soy! —dijo. Y como no podía estropear su bonita cama blanca, se metió en la bañera y se dio un buen fregado. Luego se puso un camisón limpio, se cepilló el pelo, se cortó las uñas y volvió a parecer una niña arreglada.

Luego se tumbó en su cunita, con la funda rosa y las cortinas de encaje, y se quedó profundamente dormida,

contenta de volver a tener sábanas limpias, mantas suaves y su propia almohadita.

—Ven cariño, despierta y mira el vestido nuevo que te he comprado y el delantal con volados. Es el Día de Acción de Gracias, y todos los primos vendrán a cenar —dijo su mamá, con un suave beso en la mejilla rosada.

Betty se levantó gritando.

—¡No me mates! ¡Por favor, no lo hagas! No soy una verdadera cerdita, soy una niña; y si me dejas correr a casa, nunca me resistiré cuando me laven otra vez.

—¿De qué tiene miedo la niña? —dijo mamá, abrazándola y riendo al ver que Betty buscaba con la mirada los cerdos gordos y la pocilga mal ventilada.

Le contó a su madre todo lo extraño que había pasado y se sorprendió mucho al oírla decir:

—Fue todo un sueño, querida; has estado durmiendo a salvo en tu camita.

—Pues me alegro de haberlo soñado, porque me ha encantado estar limpia. Vamos, enjabóname y friégame cuanto quieras; no volveré a dar patadas ni a gritar nunca más —gritó Betty, dando saltitos, contenta de estar a salvo en su agradable hogar y de haber dejado de ser una cerdita sucia y perezosa.